

# Identidad y globalización. Elementos para repensar el concepto y su utilización en ciencias sociales\*

Mauricio Schuttenberg  
UNLP- CONICET

*Aquel que eres se elabora en el modo como se aprehende a estar adecuadamente frente a los otros y de lo que los otros esperan seas ayer-hoy-mañana, sin que la realidad de la vida se exprese como existencia, como vida vivida desde los no o desde los sí. Los no tener, los no poder, los no atreverse o, sus conversos sí, la posesión desigual del sí tener, sí poder, sí atreverse es la trama de las identidades que se naturalizan y son naturalizadas por el poder vehiculizando la presencia del otro en uno. (Scribano, 2006)*

## Introducción:

En este trabajo se aborda uno de los temas más desarrollados en las ciencias sociales de los últimos años. Nos referimos al problema de las identidades en el contexto de la globalización. A lo largo del presente escrito iremos definiendo y poniendo en cuestión las distintas aproximaciones que desde diversas perspectivas tomaron este objeto de estudio.

Compartimos con otros autores (Dubet, 1989; Brubaker y Cooper, 2001) la idea que identidad aparece como referencia de una gran cantidad de estudios sociales de temáticas totalmente diferentes. De esta forma, identidad es el concepto clave para abordar las lógicas de acción colectiva de los llamados *nuevos movimientos sociales* como así también para tratar temas de género, de trabajo, étnicos y otros tantos. Asimismo, no sólo los diversos campos donde se aplica el concepto, sino más bien la polisemia con la cual se lo utiliza, se presenta como un problema analítico.

Es así que el objetivo central de este trabajo es, en primer término, plantear una revisión crítica de los distintos enfoques del concepto de identidad para, luego, explorar algunas definiciones que a nuestro juicio son las más pertinentes para la utilización del concepto de una forma precisa.

De esta manera, este trabajo se articula en cuatro etapas. En la primera nos proponemos adentrarnos en la discusión acerca de la globalización, para tomar de ella algunos elementos que nos permitan pensar el contexto en el cual se surge y se problematiza el concepto de identidad.

En la segunda, se abordan las diversas formas de entender el concepto de identidad y en sus -también diversas- maneras de utilizarlo en investigaciones sociales, con especial énfasis en la corriente constructivista. El objetivo de esta sección es repasar los principales autores planteando un breve estado de la cuestión.

En la tercera etapa, se realiza una crítica a esa corriente y se exploran otras formas de entender el concepto de identidad que resultan más apropiadas para el estudio de las sociedades. Finalmente, se esbozan algunas reflexiones.

### El contexto: ¿Cómo pensar la globalización?

En este apartado no se propone una discusión acerca de la globalización sino más bien tomar algunos elementos para situar la discusión acerca de las identidades. Los conceptos utilizados por los autores para explicar los cambios económicos, sociales y políticos de los últimos años son diversos, sin embargo, podemos señalar algunos que nos parecen relevantes para plantear un contexto mundial.

En las últimas décadas la problemática de la identidad se instaló en la discusión académica desde diversas perspectivas. Justamente el interés se sitúa en un marco caracterizado por los cambios ocurridos en la configuración política mundial, las grandes migraciones, el debilitamiento de las ideas de nación y ciudadanía y el surgimiento de identidades étnicas, regionales, lingüísticas, etc.

En este sentido, Calderón Gutiérrez (2002) plantea como principal problema que la complejización de las sociedades y la velocidad de los

cambios económicos y tecnológicos no guarda relación con la capacidad de los Estados para acompañar y orientar los cambios.

El autor define a la mundialización como

*“un proceso principalmente económico que afecta de manera decisiva al planeta entero, con fuertes implicancias socioculturales y políticas. En este sentido, limita la capacidad de los Estados nacionales, pero a la vez exige reorientar sus políticas hacia el encuentro con los flujos globales de información y desarrollo. La mundialización ha sido impulsada por un sistema tecnológico de redes de información, telecomunicaciones y transporte que ha articulado el planeta en una red de flujos de información que actúan en tiempo real e inciden directamente en el conjunto de la vida humana”.*  
(Calderón Gutiérrez, 2002: 42)

Giddens (1993) plantea que los sociólogos han tratado frecuentemente la transición del mundo tradicional al moderno en términos de diferenciación o de especialización funcional. Según este enfoque teórico el cambio de sistemas de menor escala a civilizaciones agrícolas y de ahí a las sociedades modernas, puede verse como un proceso de progresiva diversificación interior. Esta mirada suele vincularse a una perspectiva evolucionista y funcionalista. En su lugar el autor propone la idea de desanclaje de los sistemas sociales que implica el despegar las relaciones sociales de sus contextos locales de interacción y reestructurarlas en indefinidos intervalos espacio-temporales.

El autor realiza una crítica a la postura posmoderna o posestructuralista y prefiere referirse al momento actual como modernidad radicalizada.

*“Sugiero que deberíamos sustituir las imágenes de la modernidad por las de juggernaut –la imagen de una desbocada máquina de enorme poderío a la que, colectivamente como seres humanos, podemos manejar hasta cierto punto, pero que también amenaza con escapar de control, con lo que nos haría añicos.”* (Giddens, 1993: 132)

La etapa previa a la denominada globalización, se caracteriza por la tendencia a la formación de grandes actores colectivos fundados e identificados con el mundo del trabajo. En el plano económico social, las ideologías intervencionistas y dirigistas, con algunos rasgos distintivos derivados de sus historias nacionales, fueron un elemento presente en la mayoría de las elites gubernamentales. El cierre de esta etapa mundial tuvo como principales procesos: en el Oeste, la crisis del Estado de Bienestar y la disminución de la importancia política y económica de la clase obrera industrial; en el Este, los colapsos de los socialismos reales; en el Sur las transiciones a la democracia. (Sidicaro, 2003)

En esta misma línea, Calderón Gutiérrez (2002) afirma que la mundialización de las economías tiende a concentrar el poder, desestructurar sociedades y restar autonomía a los Estados nacionales. El autor pone el acento en cómo afectan estos cambios a los patrones de diferenciación social en nuestras sociedades que se caracterizaron históricamente por una tremenda y crónica desigualdad social interna. No sólo han aumentado las brechas sociales entre distintos conglomerados sociales y entre países, sino también se han diferenciado internamente produciendo una nueva mancha social que ya no tiene los patrones de integración de antaño.

Sidicaro (2003) retoma a Ulrich Beck para dar cuenta de dos etapas que distingue desde la Segunda Guerra Mundial hasta nuestros días. El corte se daría en los años 70 donde ingresaríamos a lo que Beck llama la “segunda modernidad”.

*“La primera modernidad se define por la noción de una sociedad que se constituye en el marco de un estado-nación; vale decir que el concepto de sociedad se define esencialmente en términos estatales y nacionales (...) Otro rasgo de estas sociedades de la primera modernidad consiste en que pueden atribuirse identidades colectivas preexistentes, surgidas de la clase, de la etnia o de grupos religiosos relativamente homogéneos. Este modo de sociedad es puesto en cuestión por una serie de procesos que pueden ser entendidos como una*

*radicalización de la modernización (...) Uno de esos procesos de radicalización consiste en la globalización; este término no se limita a meros procesos económicos sino que consiste en que ya no podemos concebir la sociedad como un contenedor organizado estatalmente. El segundo proceso de radicalización consiste en la individualización". (Beck, citado en Sidicaro, 2003: 2)*

Desde otra perspectiva, Gleizer Salzman (1997) prefiere retomar la idea de sociedades complejas y destaca que la complejidad se da en dos planos: en la diferenciación del sistema y en la diferenciación simbólica. En el primer plano retoma a Luhmann para quien la complejidad consiste en la existencia de un conjunto de posibilidades superior a las que de hecho pueden ser realizadas y que exigen algún tipo de selección entre ellas. La complejidad remite así a un conjunto de eventos posibles, que se mantienen siempre como horizonte e incluyen siempre la capacidad de relación y, con ella, la capacidad de selección. El resultado de la selección es la reducción de complejidad. Esta expresión refiere a la reconstrucción de un entramado de relaciones complejas mediante un segundo entramado de relaciones menores.

Los elevados niveles de complejidad en las sociedades contemporáneas se deben al proceso de diferenciación funcional del sistema social en distintos subsistemas especializados, así como a la diferenciación que, a su vez, se produce dentro de estos subsistemas, con funciones cada vez más específicas.

En síntesis, las condiciones de complejidad facilitan el tránsito de la prevalencia de estructuras asociativas en el largo plazo al predominio de relaciones sociales basadas en comunidades afectivas con una lógica de red sustentadas en una estructura simbólica, que funcionan por un proceso de atracción y repulsión. Este tránsito, a su vez, implica una transformación en la forma tradicional de constitución de las identidades colectivas. Estas ya no pueden ser concebidas como la pertenencia a un núcleo social fijo. El contexto sólo provee de identificaciones sucesivas sin adherencias estables, caracterizadas por sinceridades secuenciales que responden a una lógica electiva. (Gleizer Salzman, 1997)

La autora señala que a lo largo de la mayor parte de la historia humana, los individuos han existido en mundos de vida más o menos unificados. En comparación con las sociedades modernas, las sociedades tradicionales dieron señales de un elevado grado de integración. Fueran cuales fueran las diferencias entre los diversos sectores de la vida social, éstos se mantenían unidos en un orden integrador de significación que los incluía a todos. En ese contexto la identidad no resultaba problemática porque el universo simbólico permitía altos grados de certeza y coherencia.

Sin embargo, la situación en las sociedades contemporáneas es muy diferente, los individuos interactúan en distintos mundos de significación.

*“Ante la inestabilidad estructural que esto supone entra en crisis la concepción de la identidad como una identidad estable y esencial, dotada de coherencia y unidad. (...) En consecuencia, el universo simbólico de las sociedades modernas contemporáneas no puede verse como un cuerpo firmemente cristalizado o lógicamente coherente de definiciones de la realidad”.* (Gleizer Salzman, 1997: 33)

Dentro de este contexto, la identidad deja de ser un hecho subjetiva y objetivamente dado para convertirse en el proceso de elaboración interior a través del cual el individuo contemporáneo puede afrontar el agravio emocional y la multiplicidad de impulsos que derivan de una situación cultural caracterizada por la falta de puntos de referencia unívocos. Al fragmentarse el entramado institucional que daba sentido y estabilidad al individuo, éste se ve privado de estructuras ordenadoras del sentido. El individuo se ve entonces proyectado hacia sí mismo, hacia su propia subjetividad, de donde deberá obtener el sentido y la estabilidad que necesita para existir.

Retomando la discusión sobre la globalización, Renato Ortiz (2002) plantea que debemos pensar a la globalización como la expansión de la modernidad-mundo. En este contexto, la identidad fuertemente estructurada pierde su posición privilegiada de fuente productora de

sentido. Emergen otros referentes, que cuestionan su legitimidad en esta *modernidad radicalizada*.

Los ejes sobre los cuales se construía la cultura basados en la integración, territorialidad y centralidad no pueden ser reproducidas en el modo en que fueron postuladas en la modernidad. A partir de la globalización, la propia noción de espacio se transforma. El núcleo de cada cultura, esto es, el referente para la construcción de la identidad, pierde centralidad y de ahí provendría la sensación de crisis que atraviesa al debate contemporáneo.

### Identidad. Del esencialismo al constructivismo

Si hablamos de identidad estaríamos pensando en una categoría que de cuenta de una relativa estabilidad en el tiempo de un sujeto de acción, sin la cual la interacción social sería simplemente inconcebible. En los últimos años los autores constructivistas han cuestionado lo que llama una *concepción fuerte* de la identidad, que subraya ante todo su capacidad de perdurar en el tiempo, contraponiéndole una "*concepción débil*" que enfatiza más bien su extrema precariedad y plasticidad en la así llamada "*sociedad posmoderna*". (Giménez, 1997)

Grimson (2004) realiza un repaso sobre cómo se concibieron las identidades en las ciencias sociales y explica que la nación era comprendida como un conjunto de seres humanos que comparten un territorio, una pluralidad de rasgos culturales: una lengua, una religión, un modo de ver el mundo, tradiciones, etc., en fin, la nación era comprendida como un conjunto de rasgos culturales objetivos, dando lugar a una concepción "*fuerte*" de identidad. Cada cultura era percibida como una totalidad y tenía desde esta óptica una "*esencia*", algo compartido por ese grupo homogéneo.

Sin embargo, en los últimos años la conceptualización de la identidad a partir de atributos objetiva y homogéneamente compartidos fue ampliamente criticada. El constructivismo reveló el carácter construido de las diversas identidades y cómo las tradiciones no eran parte de una *esencia* de la cultura sino más bien *artefactos* culturales productos de luchas y negociaciones situadas históricamente en el terreno cultural.

En este sentido, desde el campo intelectual comienza a pensarse en la muerte de los grandes sujetos colectivos como la clase, el partido, la revolución, a la vez que se daba lugar a la aparición de los *pequeños relatos* en beneficio de una pluralidad de voces. Este giro epistémico se llamó el giro lingüístico y puso su énfasis en la narrativa y el análisis de los discursos.

En esta línea de pensamiento, autores como Hall (2003) plantean que en las sociedades premodernas las identidades tenían por base las estructuras tradicionales vinculadas principalmente con la religión. La posición de las personas en la sociedad y su identidad derivaban de la posición adquirida por nacimiento.

Para este autor el sujeto posmoderno, que emerge en la modernidad tardía o era posmoderna, se caracteriza crecientemente por la presencia de identidades fragmentadas. Las personas ya no poseen una representación unificada de lo que son, sino más bien *diversas identidades*.

Para investigar los procesos sociales de identificación se enfatiza en las diferencias. La identidad no sería un conjunto de cualidades predeterminadas sino una construcción nunca acabada abierta a la temporalidad, a la contingencia y a la posicionalidad relacional.

De esta manera Hall (2003), en consonancia con el constructivismo, sostiene que en la época contemporánea la identidad se ha descentrado. Las personas ya no pueden percibir en su identidad un núcleo o un centro basados en la clase social o en la nacionalidad. De modo particular, la globalización ha tenido un efecto pluralizador sobre las identidades, produciendo una variedad de posibilidades y de nuevas posiciones de identificación. En consecuencia, las identidades se han vuelto más *posicionales*, más políticas, más plurales y diversas. Y también menos fijas y menos unificadas.

En la misma línea, Bauman (2003) adopta la noción de fluidez, cambio continuo de forma como metáfora para explicar la conformación de identidades en la etapa actual. Propone la metáfora de modernidad líquida para dar cuenta de esa fluidez identitaria y de certezas, a diferencia de la *modernidad dura* que estructuraba el mundo industrial. De esta forma sostiene la idea que la modernidad como sistema mundo

de representaciones sociales y simbólicas estaba sustentada en las instituciones como la familia, hombre, mujer, trabajo, clase social, etc. Esas instituciones continúan existiendo pero en *forma líquida*.

*“A decir verdad, si el problema moderno de la identidad era cómo construirla y mantenerla sólida y estable, el problema posmoderno de la identidad es en lo fundamental cómo evitar la fijación y mantener vigentes las opciones. En el caso de la identidad, como en otros, la palabra comodín de la modernidad fue creación; la palabra comodín de la posmodernidad es reciclaje.”* (Bauman, 2003: 40)

La idea de una identidad sólidamente construida la ejemplifica con la metáfora del peregrino. Al ser peregrino –afirma– avanzamos hacia un futuro predefinido. *“Podemos reflexionar sobre el camino pasado y verlo como un progreso hacia, un avance, un acercamiento a; podemos distinguir entre atrás y adelante, y trazar el camino por delante (...) los peregrinos apostaban a la solidez del mundo por el que caminaban; un tipo de mundo en el cual uno puede contar la vida como un relato continuo. El mundo de los peregrinos –de los constructores de identidad– debe ser ordenado, determinado, previsible, firme”* (Bauman, 2003: 46-48)

En lugar del peregrino de la modernidad *dura* con identidad fija y estable, Bauman afirma que en la actualidad las identidades son maleables, blandas y fragmentadas. Para ilustrarlo nos propone pensar en un paseante, un vagabundo, un turista y un jugador para dar cuenta de la nueva realidad identitaria.

*“El resultado global es la fragmentación del tiempo en episodios, cada uno de ellos amputado de su pasado y su futuro, cerrado en sí mismo y autónomo. El tiempo ya no es un río sino una serie de lagunas y estanques. Ninguna estrategia de vida coherente y cohesiva surge de la experiencia que puede recogerse en un mundo semejante: ninguna estrategia*

*remotamente reminiscente de la sensación de finalidad y la vigorosa determinación del peregrinaje.”* (Bauman, 2003: 52)

Los conceptos *fuertes* de identidad, en cambio, enfatizan en la igualdad de las personas a través del tiempo. El supuesto de estas concepciones *fuertes* es que cada grupo tiene identidad aunque no sea conciente de ello y tales nociones fuertes de identidad colectiva implican nociones fuertes de límite y homogeneidad grupales. Estos enfoques fueron sumamente criticados en los últimos años dando lugar a las concepciones *débiles* de identidad.

Siguiendo la línea constructivista, Laclau (2005) afirma que la globalización representa un estadio completamente nuevo en la historia del propio capitalismo y conduce a una profundización de las lógicas de la formación de identidades en donde la heterogeneidad pertenece a la esencia del sistema social. Dentro de este marco, parte de la crítica al esencialismo en la constitución de identidades y se concentra sobre la lógica de formación de las identidades colectivas. El enfoque parte de la insatisfacción con las perspectivas sociológicas que consideran a los grupos como la unidad básica del análisis social, o bien, los conciben a partir de paradigmas funcionalistas o estructuralistas. Las lógicas que presuponen estos tipos de funcionamiento social son, de acuerdo con el autor, demasiado simples y uniformes para capturar la variedad de movimientos implicados en la construcción de identidades.

*“Debemos referirnos ahora a las condiciones históricas que hacen posible la emergencia y la expansión de las identidades populares. Por lo tanto, la pregunta relevante en lo que a las condiciones históricas respecta es: ¿vivimos en sociedades que tienden a incrementar la homogeneidad social mediante mecanismos infraestructurales inmanentes o, por el contrario, habitamos en un terreno histórico donde la proliferación de antagonismos y puntos de ruptura heterogéneos requieren formas cada vez más políticas de reagrupamiento social –es decir, que éstas dependen menos de las lógicas sociales*

*subyacentes y más de las acciones, en el sentido que hemos descrito?”. (Laclau, 2005: 285)*

Lo que plantea el autor es que las identidades son construidas, no sobre lógicas subyacentes sino más bien por operaciones discursivas caracterizadas por la contingencia. Para dar cuenta de la lógica de formación de las identidades Laclau retoma las críticas que se le formularon históricamente al populismo, para mostrar cómo las identidades se van constituyendo en el discurso y cómo la constitución de una identidad es también una formación hegemónica que no depende tanto de posiciones objetivas en la estructura social.

Uno de los puntos que critica para sustentar su mirada centrada en los discursos es la distinción que aparece en los estudios sobre el populismo entre retórica e ideología. El fundamento de esta distinción es que concibe a la retórica como una dimensión absolutamente separada de la acción política y como mero adorno del lenguaje. El equivalente de aquello a lo que se opone la retórica es una noción de los actores sociales como constituidos en torno a intereses bien definidos y que negocian racionalmente. Según esta visión de la sociedad, la imagen de agentes sociales cuyas identidades se constituyen en torno a símbolos populistas difusos sólo puede ser la expresión de irracionalidad.

Lo central de esta crítica al enfoque dual entre retórica e ideología es que deja de lado el hecho que si mediante operaciones retóricas lograron constituir identidades populares no hay que dejar de lado la importancia de ésta.

*“Todo lo contrario en lugar de pensar la retórica como parásito de la ideología debería concebirse como la anatomía del mundo ideológico. Es en este sentido que hemos hablado de los discursos como totalidades estructuradas que articulan elementos tanto lingüísticos como no lingüísticos. Desde este punto de vista, la distinción entre un movimiento y su ideología no sólo es imposible sino también irrelevante; lo que importa es la determinación de las secuencias discursivas a través de la*

*cuales un movimiento o una fuerza social lleva a cabo su acción global”.* (Laclau, 2005: 27)

En el anterior párrafo aparece la importancia que este autor le otorga al discurso y la retórica como elementos articuladores de las identidades. De la misma manera, su enfoque está cuestionando las visiones más utilitaristas de la acción colectiva y la teoría de la acción racional.

En su mirada acerca de la constitución de identidades, resalta la importancia de lo que llama significantes vacíos y la hegemonía. La operación por la que una particularidad asume una significación universal es lo que Laclau (2005) denomina hegemonía. Es el proceso en el que una identidad hegemónica se construye en torno a un significante vacío, transformando su propia particularidad en una totalidad nunca acabada.

Para explicar ese proceso de constitución de identidades, toma como punto de partida a las demandas como la mínima unidad de análisis. A la pluralidad de demandas que a partir de su articulación constituyen una subjetividad social más amplia, la denomina demandas populares. Estas comienzan a constituir al pueblo. Existen dos precondiciones del populismo, primero la formación de una frontera interna antagónica separando el pueblo del poder y una articulación equivalencial de demandas que hace posible el surgimiento del pueblo.

Para adentrarse en la lógica de conformación de identidades sociales formula tres dimensiones: la unificación de una pluralidad de demandas en una cadena equivalencial; la constitución de una frontera interna que divide la sociedad en dos campos y la consolidación de una cadena equivalencial mediante la construcción de una identidad popular. Es decir, que la identidad es contingente porque es el significante que de alguna manera logra articular las otras demandas que circulan en el espacio social discursivo. Ese proceso por el cual una particularidad logra trascender y aglutinar constituye su redefinición del concepto de hegemonía.

*“Esta pluralidad de vínculos se torna una singularidad a través de su condensación alrededor de una identidad popular. Debe encontrarse algún tipo de denominador común que encarne la*

*totalidad de la serie. Como este denominador común debe provenir de la misma serie, sólo puede ser una demanda individual que, por una serie de razones circunstanciales adquiere cierta centralidad. Esta es la operación hegemónica. No hay hegemonía sin la construcción de una identidad popular a partir de una pluralidad de demandas democráticas.* (Laclau, 2005: 124)

Al establecer la importancia de los significantes vacíos para la política, Laclau pone de relieve la contingencia de toda identidad y de todo campo de identidades basada en la imposibilidad última de su constitución plena. Lo que el autor establece, al introducir la noción de significativo vacío, es que una identidad dada puede vaciarse de contenido, cambiar de sentido o mutar constantemente.

Ahora bien, la distinción entre identidad y acto de identificación es lo que permite explicar la característica dinámica de las identidades. La identidad aparece como el producto de sucesivas identificaciones imaginarias. El acto de identificación, por su parte, es la fundación de una nueva significación y, como tal, la posibilidad de desestabilización de toda identidad objetivada. *“El acto de identificación es la institución de nuevos sentidos más allá de la simple repetición y que, como tal, puede materializarse en la aparición de una nueva nominación que articulará discursos dispersos atribuyéndolos a una nueva unidad de referencia”.* (Aboy Carlés, 2001: 51)

Otro de los autores que plantea el tema de la identidad como el eje central para explicar la acción colectiva y cuestionar las teorías estructuralistas es Melucci (2002). Para el autor, la acción social no puede analizarse solamente dentro de las contradicciones estructurales, tiene que considerarse como una orientación intencional que se establece dentro de un sistema de oportunidades y coerciones.

En el enfoque que propone la acción colectiva es considerada como el resultado de intenciones, de recursos y de límites, con una orientación construida por medio de relaciones sociales dentro de un sistema de oportunidades y restricciones. Por lo tanto no puede ser entendida como

el simple efecto de precondiciones estructurales o de expresiones de valores y creencias.

Según Melucci (2002) los actores colectivos producen la acción colectiva porque son capaces de definirse a sí mismos y al campo de su acción (relaciones con otros actores, disponibilidad de recursos, oportunidades y limitaciones). La definición que construye el actor no es lineal sino que es producida por interacción y negociaciones. Los individuos crean un nosotros colectivo compartiendo y ajustando laboriosamente por lo menos tres clases de orientaciones: aquellas relacionadas con los fines de la acción (el sentido que la acción tiene para el actor); aquellas vinculadas con los medios de la acción (las posibilidades y límites de la acción) y finalmente aquellas referidas a las relaciones con el ambiente (el campo en el que tiene lugar la acción). Según el autor, esa construcción social y negociación del significado de la acción colectiva es necesario analizarlo como identidad colectiva. Sin la capacidad de identificación no se podría percibir como tal la injusticia, o no se podrían calcular los intercambios en la arena política, por lo tanto tampoco se podría explicar la acción.

### Crítica al constructivismo

Como analizamos en el apartado anterior la concepción constructivista de las identidades apuntó a criticar las miradas esencialistas y a aquellas que centraban la explicación de la acción de los grupos en factores estructurales. En su afán de demostrar estas tesis fueron estructurando un concepto de identidad cada vez *más débil* y ambiguo por lo que muchos autores comenzaron a preguntarse si todavía ese concepto servía para el análisis social.

El gran auge del tema de identidad en los últimos años obedece entonces al cuestionamiento del objetivismo dominante del pensamiento de los años sesenta y setenta. Frente a la imagen de un actor social ciego, definido de manera puramente objetiva y encerrado en el determinismo de situaciones y de sistemas, se levanta la rehabilitación de la subjetividad del actor y del punto de vista que elabora sobre sí mismo.

Ahora bien, estas críticas del constructivismo hacia esas concepciones *duras* de la identidad tienen también algunos puntos cuestionables.

Una crítica la plantea Giménez (1997) quien sostiene que la hiperdiferenciación de esta etapa ha conducido a la proliferación de una gran variedad de prácticas y de formas culturales que parecen favorecer la tesis de la *fragmentación* cultural. Pero afirma que el analista no puede detenerse en la mera fenomenología de esta variedad y que, a pesar de su pluralidad y aparente descentramiento, las prácticas y las formas culturales adquieren una relativa integración y coherencia por la acción de poderosos actores culturales –el Estado, las Iglesias, los media- que no se proponen homogeneizarlas, sino organizar y administrar las diferencias mediante políticas de hegemonización, jerarquización, marginalización o exclusión.

La crítica a Hall se centra en que confunde la pluralidad de marcos de socialización que los sujetos poseen con una fragmentación identitaria y destaca que si *fragmentación* significa simplemente pluralización de las pertenencias, entonces las identidades siempre estuvieron *fragmentadas*, ya que siempre estuvieron constituidas por diferentes círculos de pertenencia.

Bauman es otro de los exponentes de la postura constructivista y – como bien marca Giménez (1997)- lleva hasta el último extremo la tesis de la fluidez y de la libre elegibilidad de las identidades. La crítica a Bauman se centra en que carece de fundamento empírico para exponer la extrema fluidez y precariedad de las identidades posmodernas. La identidad individual comporta un sistema de relaciones donde, del mismo modo que en el campo de la cultura, existen zonas de mayor estabilidad y zonas de movilidad y rápido cambio. Así, por ejemplo, las pertenencias relacionadas con el género, el parentesco y la etnicidad son relativamente más estables, mientras que otras, como las relacionadas con el empleo, con organizaciones de entretenimiento o con “comunidades virtuales”, tienden a ser efectivamente más efímeras y fluidas. De hecho, el fundamento principal de la metáfora de los “*caminantes*” de Bauman es el trabajo *precario* y *flexible* característico de estos tiempos de globalización.

La crítica apunta a que Bauman (2003) exagera, sin fundamento empírico alguno, el grado en que las identidades se encuentran fragmentadas, tienen corta vida y pueden elegirse libremente en las sociedades contemporáneas. Más aún, la explicación de la supuesta equivocación de Bauman está asentada en que centra sus explicaciones sobre la contingencia identitaria en el ámbito laboral que ha sido en los últimos años un lugar de grandes cambios. Sin embargo, extrapolar lo que ocurre con las identidades laborales a una concepción más amplia del sujeto parecería un error.

En este sentido, Brubaker y Cooper (2001) cuestionan la postura constructivista de la identidad puesto que en el intento de suavizar el término para liberarlo de la carga de esencialismo mediante la estipulación de que las identidades son construidas, fluidas y múltiples, deja sin argumento a los analistas para hablar sobre identidades. La *suavidad* del constructivismo permite la proliferación de identidades. Pero mientras estas proliferan, el término pierde su valor analítico. Si la identidad está en todas partes –afirman- entonces no está en ninguna. Si fluye ¿cómo podemos extender las formas en que las autocomprensiones pueden fortalecerse, congelarse y cristalizarse?

Los conceptos *fuertes* de identidad enfatizan en la igualdad de las personas a través del tiempo pero implican nociones fuertes de límite y homogeneidad grupales. Las concepciones débiles de identidad, en cambio, apuntan a romper con esta idea de homogeneidad grupal.

Los autores le formulan tres críticas a las posturas constructivistas. La primera se asienta en lo que llaman el constructivismo cliché.

*“Conceptos débiles de identidad son envueltos rutinariamente con calificativos estándar, indicando que la identidad es múltiple, inestable, en movimiento, contingente, fragmentada, construida, negociada, etc. Estos calificativos se han vuelto tan familiares –de hecho obligatorios- en los últimos años que uno los lee en forma automática”.* (Brubaker y Cooper, 2001: 40)

La segunda crítica se basa en que no quedaría claro por qué los conceptos débiles de identidad son conceptos de identidad. La idea sería

por qué utilizar un concepto que habla de igualdad y permanencia para dar cuenta de una realidad que es todo lo contrario.

Y por último, la tercera crítica se sustenta en que estos conceptos de identidad son demasiado débiles para ser empleados en trabajos teóricos. *“En su preocupación por limpiar el término de sus connotaciones duras, en su insistencia de que las identidades son múltiples, maleables, fluidas, y así sucesivamente, los adeptos a la visión blanda de la identidad nos dejan con un término inútil para llevar a cabo un trabajo analítico serio”*. (Brubaker y Cooper, 2001: 40)

Otro de los autores que cuestiona la terminología y el enfoque constructivista es Grimson (2004). Según su planteo en los últimos años los antropólogos, sociólogos e historiadores que trabajaban temas de identidad comenzaron a percibir la insuficiencia de esas herramientas teóricas para pensar los procesos de radicalización identitaria. El auge del constructivismo, parecía haber instalado un sinnúmero de ponencias más o menos iguales que mostraban cuán inventadas o construidas eran las creencias, tradiciones o prácticas que los grupos humanos consideran sentido común o esencia de su identidad.

Grimson (2004) afirma, extremando la visión, que parecería como si los grupos no tuvieran nada en común y todo lo que supuestamente compartían era un invento, como si la gente manipulara concientemente los símbolos y las identidades, engañándose y tratando de engañar a los demás. Destaca que el constructivismo sirvió a los fines de combatir el esencialismo, pero no puede dar cuenta de cómo las comunidades significan los procesos y los imaginarios que las crisis provocan en los grupos.

Podemos finalizar este apartado resumiendo, contrariamente a la opinión de los constructivistas, que las identidades siguen firmemente asentadas en la experiencia social y en la pertenencia a diferentes grupos, y no constituye algo que se pueda cambiar a voluntad, sino más bien algo afirmado en las historias personales y colectivas.

### Repensando el concepto de identidad

En este apartado se propone retomar el concepto de identidad con el fin de pensar sus posibles utilidades empíricas. Esto lleva a la pregunta por la utilidad teórica y empírica del concepto de identidad. De esta manera, el recorrido tomará en cuenta tres dimensiones que posibilitan el estudio de las identidades. La primera tiene que ver con la identidad como categoría explicativa de la acción colectiva, la segunda se basa en la identidad como vía de acceso a las prácticas sedimentadas y a las experiencias compartidas por colectivos que configuran los sentidos y marcos interpretativos de la realidad y, con la tercera, se propone repensar la utilidad de categorías tales como representaciones sociales y hábitos para el estudio de las identidades.

La primera de las posibilidades analíticas que abre la teoría de la identidad es que permite entender la acción social, puesto que es la identidad la que posibilita a los actores ordenar sus preferencias y escoger en consecuencia, ciertas alternativas de acción.

Un actor se define por sus convicciones, sus compromisos y su identificación directa con los principios culturales compartidos por un determinado grupo. Esta dimensión de la identidad podría ser considerada como abstracta, pero esta objeción se desvanece si observamos los movimientos sociales en los que los actores van más allá de sus intereses y se sacrifican más por los principios que por los beneficios instrumentales que pudieran percibir.

Esta es la línea argumentativa de Melucci (2002) quien también destaca la utilidad de la categoría identidad para comprender los nuevos conflictos que se dan en la sociedad posindustrial. En ella los conflictos sociales se salen del tradicional sistema económico hacia las áreas culturales donde afectan la identidad, el tiempo y el espacio en la vida cotidiana.

Define identidad como la elaboración de expectativas y el compartir marcos interpretativos para orientar la acción. La identidad colectiva como proceso enlaza tres dimensiones fundamentales que este autor distingue analíticamente: a) formulación de estructuras cognoscitivas relativas a los fines, medios y ámbito de la acción; b) activación de las relaciones entre actores, quienes interactúan, se comunican, negocian y adoptan decisiones y c) realización de inversiones emocionales que

permiten a los individuos reconocerse. La propensión de un individuo a implicarse en la acción colectiva está así ligada a la capacidad diferencial de definir una identidad, esto es, al acceso diferencial a los recursos que le permiten participar en el proceso de construcción de una identidad.

Por ello el concepto de identidad no sólo permite comprender, dar sentido y reconocer una acción sino también contribuye a explicarla. *“Para Pizzorno, comprender una acción significa identificar su sujeto y prever su posible curso”*. (Citado en Giménez, 1997: 24)

La segunda dimensión analítica que habíamos establecido se basaba en pensar a las identidades como la vía de acceso a las prácticas y a las experiencias compartidas por colectivos que configuran los sentidos y marcos interpretativos de la realidad. En este sentido, Laclau (2005) define a la identidad como el conjunto de prácticas sedimentadas, configuradoras de sentido, que establecen, a través de un mismo proceso de diferenciación externa y homogeneización interna, solidaridades estables, capaces de definir, a través de unidades de nominación, orientaciones gregarias de la acción en relación a la definición de asuntos públicos. *“Toda identidad se constituye y transforma en el marco de la doble dimensión de una competencia entre las alteridades que componen el sistema y de la tensión con la tradición de la propia unidad de referencia”*. (Citado en Aboy Carlés, 2001: 54)

Propone establecer tres dimensiones analíticas de las identidades. Estas son alteridad, representación y la perspectiva de la tradición. No hay identidad si no hay límites que la definan, no hay identidad fuera de un sistema de diferencias, las identidades se constituyen a través del antagonismo: éste es el exterior constitutivo de toda identidad en un sistema de conformación de identidades, único ambiente posible de la constitución de cualquier identidad particular. No hay identidad sin representación de esa misma identidad y tampoco la podemos pensar sin la refundación constante del pasado.

En este sentido, otro elemento central que aporta Aboy Carlés (2001) es que toda identidad se constituye en referencia a un sistema temporal en el que la interpretación del pasado y la construcción del futuro deseado se conjugan para dotar de sentido a la acción presente.

*“Para una sociología de las identidades políticas la identidad de historia y política queda de manifiesto en el hecho que el pasado, siempre abierto, puede ser reconstruido en función de un presente y un porvenir. Los hechos no hablan por si mismos, son significantes flotantes que podrán siempre ser rearticulados conforme al devenir de una identidad. En la medida en que los conflictos actuales pueden ser concebidos como la materialización presente de confrontaciones históricas, los actores políticos pueden asociarse a la figura de un actor imaginario, capaz de atravesar el tiempo idéntico a sí mismo. De esta forma, no sólo se dota de un sentido a la acción inmediata sino que se contribuye a cimentar una identidad colectiva a partir de una herencia común en la reactualización de una tarea”.* (Aboy Carlés, 2001: 69)

En este sentido, las reconstrucciones épicas del pasado constituyen una fuente sustancial para la investigación en la medida en que permiten desarrollar un estudio comparativo de los distintos discursos y observar cómo los grupos construyen sus tradiciones e identidades.

Otro de los desarrollos de la categoría de identidad útil como elemento para abordar investigaciones empíricas es el de Grimson (2004). El autor pone el énfasis en la experiencia compartida de los grupos y critica que ni el esencialismo ni el constructivismo consideran relevante esa dimensión. Lo que el autor pretende mostrar es que ese conjunto de personas socialmente desiguales y culturalmente diferentes que se consideran miembros de una identidad comparten experiencias históricas que son constitutivas de modos de imaginación, cognición y acción. La tesis que sustenta pretende dar cuenta de las experiencias históricas que los grupos comparten y que sedimentan articulando la diversidad y desigualdad en modos de cognición y acción que presentan rasgos comunes.

Esta visión se diferencia de la esencialista al considerar que lo que comparte una identidad no es justamente la esencia. Allí ejemplifica con el caso argentino, los argentinos no comparten el fútbol, el tango, etc., sino que comparten una experiencia histórica que puede analizarse. Por otro lado, coincide con la visión constructivista en que la identidad es el

resultado de un proceso histórico social, contingente como tal, pero se diferencia porque enfatiza en la sedimentación, ya que subraya que no se trata sólo de procesos simbólicos resultado de fuerzas simbólicas, sino de lo vivido históricamente en el proceso social total.

El eje está centrado entonces, en recuperar la experiencia social compartida en busca de comprender por qué la gente construye identidades, para qué las usa, qué siente, de qué se protege. El énfasis se asienta en la reconstrucción y el cuestionamiento del sentido común que debe ser completado con un esfuerzo etnográfico y teórico de comprensión de las lógicas del sentido común.

*“Si uno de los ejes teóricos del constructivismo fueron la historicidad y las contingencias de los fenómenos sociales, resulta necesario subrayar que la historia es cambio a la vez que sedimentación. Justamente necesitamos articular teóricamente los conceptos de experiencia y de sedimentación, mostrando que la tensión entre lo sedimentado y lo contingente se vincula a que cuando se plantean disyuntivas, no todos los caminos son imaginables y por lo tanto, posibles. La sedimentación no es sólo conocimiento; es sentimiento, parámetro cognitivo y, en ese sentido, coacción simbólica.”*  
(Grimson, 2004: 182)

El objetivo es entonces mostrar que las identidades no son esencias pero tampoco son construcciones estratégicas, sino que son el resultado de la sedimentación y la elaboración de experiencias históricas. Esas sedimentaciones son el elemento que los analistas deben recuperar para dar cuenta de las identidades.

Jelin (2004) comparte este enfoque y afirma que la biografía personal está traspasada por experiencias vitales, aprendizajes y rupturas. Todas ellas involucran memorias y una autoreflexividad ligada a esa temporalidad biográfica, con al menos dos modalidades de memorias: las incorporadas en la experiencia no reflexiva, en el habitus y todo lo sedimentado por un lado, y las “*memorias memorables*”, que lo son

porque la vivencia fue de ruptura de lo habitual y reiterativo, porque se refieren a acontecimientos cargados de emociones y afectos.

La autora se pregunta cuál es la continuidad histórica entre las modalidades de acción popular del presente y las de los movimientos sociales y del sindicalismo. *“Sin duda, hay algo único e irrepetible en cada momento y en cada circunstancia. Pero también hay continuidades y reiteraciones. En el tiempo biográfico, hay eventos y acontecimientos que dejan sus marcas como experiencias que irán cobrando sentido en diversas coyunturas posteriores. Y en esas nuevas coyunturas, los saberes y modalidades de acción sedimentados mostrarán su presencia”* (Jelin, 2004: 241)

Se parte de la idea de la narración como instituyente de lo humano. El relato es un elemento configurativo de la experiencia humana. La importancia de la narrativa está dada en que ella podrá dar cuenta de los procesos de autocreación, de las tramas de sociabilidad, etc., en definitiva de la constitución de identidades. (Arfuch, 2002)

Tanto Grimson (2004) como Jelin (2004) nos proponen poner el énfasis en las experiencias compartidas sedimentadas que son los elementos sobre los cuales los sujetos construyen sus identidades y sus formas de entender el mundo circundante.

Esto último posibilita introducir la tercera dimensión de análisis para el estudio de las identidades que está conformada por las representaciones sociales y el habitus.

En este sentido, las representaciones sociales son constitutivas de las identidades. Sirvent (1999) afirma que tanto el sistema de necesidades como el conjunto de representaciones sociales compartidas por un grupo social son componentes de la cultura de dicho grupo y reflejan la internalización de un sistema de valores, normas, creencias, etc.

La autora entiende por representaciones sociales *“el conjunto de conceptos, percepciones, significados y actitudes que los individuos de un grupo comparten en relación a ellos mismos y a los fenómenos del mundo circundante”*. (Sirvent, 1999: 120)

De esta forma, podríamos afirmar que las representaciones sociales son fenómenos culturales que condicionan el reconocimiento colectivo de necesidades y las prácticas culturales de la vida cotidiana de un grupo

social. Una representación social es una construcción en torno a determinados aspectos del mundo circundante que estructura una amplia gama de percepciones, prácticas, creencias y actitudes vigentes en un sistema social determinado. Estas representaciones tienen dos funciones: primero permiten el establecimiento de un orden que posibilita a los individuos orientarse en el mundo material y social y, segundo, facilitan que se establezca una comunicación entre los miembros de un grupo en la medida en que proveen códigos de intercambio social.

De esta manera, acordamos con Souza Minayo (1999) en que las representaciones sociales son una categoría de análisis válida para comprender la conducta de las personas a través del análisis de sus expresiones. En este sentido, podemos relacionar el concepto de representación social con el de habitus, puesto que para Bourdieu (1985) el habitus permite articular lo individual y lo social, las estructuras sociales internas y externas, y comprender que tanto éstas como aquéllas, lejos de ser extrañas por naturaleza y de excluirse recíprocamente son, al contrario, dos estados de la misma realidad, de la misma historia colectiva que se deposita y se inscribe a la vez e indisolublemente en los cuerpos y en las cosas.

*“Al rescatar las estructuras sociales internas y al considerar al habitus como principio de estructuración de prácticas (además de la posición que se ocupa en los diferentes campos) y con ello de la trayectoria del agente social, esta perspectiva teórica supone análisis diferentes de aquéllos que se sustentan más bien en la libre iniciativa de un actor social cuyas estrategias estarían sometidas esencialmente a las coerciones de las estructuras externas. Hablar de habitus entonces, es también recordar la historicidad del agente, es plantear que lo individual, lo subjetivo, lo personal, es social, es producto de la misma historia colectiva que se deposita en los cuerpos y en las cosas”. (Gutiérrez, 1997: 69)*

Los conceptos de representaciones sociales y habitus intentan articular las visiones subjetivas que los actores poseen con el marco más amplio constituido por lo social y lo histórico a partir del cual los actores construyen sus identidades. Interesa entonces poner en juego estas

dimensiones en la construcción de identidades, es decir poner en juego la historicidad del campo y de los propios actores y a la vez recuperar lo subjetivo.

### Algunas reflexiones finales

Uno de los interrogantes centrales que nos formulamos a partir de este sucinto estado de la cuestión es si la categoría identidad tiene todavía alguna utilidad. En el apartado anterior intentamos mostrar sus múltiples aplicaciones para desarrollar estudios empíricos. Sin embargo antes de esbozar las reflexiones finales es necesario presentar una posición enfrentada, es decir, una que sostiene la inutilidad del concepto.

Esta es la mirada de Brubaker y Cooper (2001) quienes cuestionan la utilidad de la categoría identidad para el análisis. En su lugar proponen que los analistas deberían intentar explicar los procesos y mecanismos por los cuales lo que se ha llamado la “*ficción política*” de la “*nación*” – o del grupo étnico, raza u otra identidad putativa- puede cristalizarse en ciertos momentos como una realidad poderosa y obligatoria.

Lo central de la visión de estos autores es que proponen otras categorías que en su visión resultarían más apropiadas que las de identidad. Una de ellas sería la de *identificación* que aparece como superadora porque carece de las connotaciones reificantes de identidad. La identificación es siempre contextual y situacional.

Otro término que proponen es el de autocomprensión.

*“Recordemos que uno de los principales usos de identidad es para conceptualizar y explicar la acción de un modo no-instrumental y no-mecánico. En este sentido, el término sugiere modos en los que la acción individual y colectiva puede ser gobernada por concepciones particularistas del yo y la locación social, en lugar de serlo por intereses estructuralmente determinados y putativamente universales. Lo que designa este término es una subjetividad situada. Asimismo, autocomprensión carece de las connotaciones reificantes de identidad. Sin embargo, no está restringido a*

*situaciones de flujo e inestabilidad. Las autocomprensiones pueden ser variables a través del tiempo y las personas, pero pueden ser estables.*” (Brubaker y Cooper, 2001: 47)

El tercer grupo de términos que proponen se trata del sentido de pertenencia para evitar mezclar todas las autocomprensiones basadas en raza, religión, etnia, dentro del “*container*” conceptual de identidad. Términos como comunidad, conexionismo y grupalidad podrían ser más útiles que identidad. Este grupo de conceptos denota el compartir un atributo en común, y da cuenta de los lazos relacionales que unen a las personas.

Como conclusión los autores afirman que el término identidad es inapropiado para realizar la labor analítica que se le exige por su ambigüedad y los significados contradictorios que se le otorgan.

Sin embargo, se sostiene a partir de lo desarrollado en el presente artículo que el concepto de identidad continúa siendo útil si se lo piensa como elemento que permita recuperar las experiencias compartidas, lo social estructurado en los sujetos y las reconstrucciones históricas que permiten dotar de sentido a las acciones del presente.

## NOTAS

\* Se agradecen los comentarios realizados por el Profesor Guillermo Quinteros y se lo exime de inexactitudes que pueda contener el texto.

## Bibliografía:

-Aboy Carlés, Gerardo (2001). “*Las dos fronteras de la democracia argentina. La reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*”, Homo Sapiens, Rosario.

-Arfuch, L. (2002) (Compiladora), “*Identidades, sujetos y subjetividades*”. Trama Editorial/Prometeo libros, Buenos Aires

-Brubaker, R. y Cooper, F. (2001). “*Más allá de identidad* ” en Apuntes de Investigación del CECYP. Año V N° 7. Buenos Aires, Abril de 2001. Fundación del Sur. Pp. 30-67.

-Bourdieu, Pierre (1985), “*Espacio social y génesis de las clases*”, Espacios, N° 2, Bs As.

-Dubet, Francois (1989) “*De la sociología de la identidad a la sociología del sujeto*”, en Estudios Sociológicos, vol. VII, N21, 1989, México D.F., pp. 519-545.

-Giddens Anthony (1993) “*Consecuencias de la modernidad*”, Madrid, Alianza

-Gleizer Salzman, Marcela (1997) “*Identidad, subjetividad y sentido en las sociedades complejas*”. Flacso/jp, México.

-Grimson, Alejandro (2004) “*La experiencia argentina y sus fantasmas*”, en Grimson, A. (comp.) La cultura en las crisis latinoamericanas. Buenos Aires, CLACSO. Págs. 177-193

-Gutiérrez, Alicia (1997), “*Pierre Bourdieu. Las prácticas sociales*”, Editorial universitaria UNM y Dirección general de Publicaciones UNC. Córdoba.

-Jelin, Elizabeth (2004) “*Reflexiones (localizadas) sobre el tiempo y el espacio*”; en Grimson, A. (comp.) La cultura en las crisis latinoamericanas. Buenos Aires, CLACSO. Págs. 237-247

Laclau, Ernesto (2005) La razón populista, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica

-Melucci, Alberto (2002) “*Acción colectiva, vida cotidiana y democracia*”, El Colegio de México, Centro de estudios Sociológicos.

-Ortiz, Renato, (2002) “*Otro territorio. Ensayos sobre el mundo contemporáneo*”. Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes Ediciones.

-Scribano, Adrián (2006) “*Borrador para discutir*”. Foro de metodologías y prácticas de investigación social, Instituto Gino Germani de la UBA.

-Sidicaro, Ricardo (2003), “*Consideraciones sociológicas sobre la Argentina en la Segunda Modernidad*”, en rev Estudios Sociales, no. 24

-Sirvent, María Teresa (1999), “*Cultura Popular y participación social. Una investigación en el barrio de Mataderos*”, UBA-Miño y Dávila Editores, Bs. As

## Resumen

Identidad y globalización. Elementos para repensar el concepto y su utilización en Ciencias Sociales.

En este trabajo se estudia uno de los temas más desarrollados en las ciencias sociales de los últimos años, hacemos referencia al problema de las identidades en el contexto de la globalización. A lo largo del presente escrito definiremos y pondremos en cuestión las aproximaciones que desde diversas perspectivas tomaron este objeto de estudio.

Compartimos con otros autores (Dubet, 1989; Brubaker y Cooper, 2001) la idea que identidad aparece como referencia de una gran cantidad de estudios sociales de temáticas totalmente diferentes. De esta forma, identidad es el concepto clave para abordar las lógicas de acción colectiva de los llamados *nuevos movimientos sociales* como también para tratar temas de género, de trabajo, étnicos y otros tantos. Asimismo, no sólo los diversos campos donde se aplica el concepto sino más bien la polisemia con la cual se lo utiliza presenta un problema analítico.

El objetivo central de este trabajo es, en una primera instancia, hacer una revisión crítica de los distintos enfoques del concepto de identidad, para en un segundo lugar explorar algunas definiciones que a nuestro juicio parecen interesantes para la utilización del concepto de una forma más precisa.

*Palabras Clave: Identidad – Concepto – Ciencias Sociales*

### **Abstract**

Identity and globalization. Elements to think the concept and its utilization in social sciences.

In this work its studied one of the most developed topics in social sciences of the last years, we are making reference to the problem of identities in the context of the globalization. Through the present article we will define and put in question the aproximations that from different perspectives have taken this theme as an object of study.

We share with other authors (Dubet, 1989; Brubaker y Cooper, 2001) the idea that identity appears as a reference in a huge cantity of social studies with completely different topics. So, identity is the key concept to study the logics of colective action of the so called new social movements as the gender, work, ethnic and others issues. Moreover, not only the different fields where the concept is applied but the polysemy which is used presents an analytic problem.

The central objective of this work is, in a first instance, to make a critic revision of the several focusses of the identity concept, on a second place, to explore some definitions that in our criteria seem interesting to use the concept in a more precisely way.

*Keywords: Identity- Concept- Social Sciences*

(Trad. Betina Riva)